



# ROCK N' ROLL

AINGERU EPALTZA

Una mujer que le acaba de echar de casa. Un trabajo poco reconocido y peor remunerado como redactor de sucesos en el segundo periódico de la provincia. Un hijo en el que le resulta imposible reconocerse. Unos amigos a los que apenas ve y que cada día siente más lejanos. Una abstinencia sexual agudizada por un hermano que parece disfrutar exhibiendo delante de él sus conquistas amorosas. Una ciudad hostil, en la que, a la sombra de los poderes políticos y económicos, los retoños de las viejas familias patricias hacen negocios con la última hornada de triunfadores. Por supuesto, Eduardo Saragüeta no se cuenta entre estos últimos. Sin más ayuda que la ginebra, un tocadiscos salvado del desguace y la nostalgia de los años jóvenes, se bandea malamente en la peor crisis de su vida cuando una llamada le informa de la aparición del cadáver de una anciana flotando en el lecho del río. En cualquier otra época del año el hecho no habría merecido más de una docena de líneas en la esquina derecha de una página par. Pero estamos en agosto, y en agosto cualquier suceso, hasta el más intrascendente, puede pasar a ocupar la primera plana de un periódico. El rock'n'roll ha comenzado.

## Índice de contenido

Cubierta

Rock'n'roll

I-Por el lado salvaje

II-El club de los carroñeros

III-El dedo anular

IV-Un inglés casaca-roja

V-Sin adioses

VI-Entre el cielo y el infierno

VII-Metros de película velada

VIII-La belleza de Quasimodo

IX-Efecto cebada

X-Ángeles guardianes

XI-El sabor del asfalto

XII-El refugio de los inmortales

XIII-Rabia

XIV-A pesar de todas las amputaciones

Sobre el autor

Notas

Mira, chica, reír y contar historias es lo único  
que puede salvarnos.

HARKAITZ CANO

I

## Por el lado salvaje

*(4-5 de agosto, miércoles-jueves)*

En esta ciudad, el nombre de los bares es como el de las calles o el carácter de sus habitantes: cambia difícilmente de no mediar una guerra, una invasión o un cataclismo parecido. Al Lisboa, desde que era un muchacho, siempre le conocí las mismas letras: largas, delgadas y sinuosas; culebras heridas inmovilizadas en un rótulo de neón hace tiempo fundido. Si alguna vez resultó un lugar de éxito, no fui testigo de esa época. Como si la capital de la que tomó prestado su nombre le hubiera transmitido algo de su carácter, esa melancolía que nunca acaba de tocar fondo golpeaba al cliente nada más franquear la puerta del local. En su interior, las mesas, las sillas, las fotografías de desvaídos colores –el Chiado, el Bairro Alto y el imponente puente sobre el Teixo–, los servicios emporcados por dentro y por fuera, todo, en una palabra, pedía a gritos ser remozado, mientras el mundo hacía oídos sordos a sus súplicas. El mismo Antonio, que me confesó una vez, en uno de sus escasos arrebatos comunicativos, que jamás había cruzado la frontera portuguesa, hacía tras la barra perfecto juego con el local, con su vitalidad de cuerpo inerte y la mente siempre en Babia. Yo, cariñosamente, le llamaba *Caratriste*, pero ni aun así conseguía iluminar su semblante autista. Una última similitud, no carente de importancia, con la ciudad atlántica: si es verdad que las lisboetas son las mujeres menos agraciadas de las capitales europeas,

las escasas parroquianas del bar parecían salidas del mismo averno.

De más jóvenes, hubiera supuesto poco menos que envilecernos pasar a engrosar la clientela del Lisboa; sin embargo, desde que Cristina me puso de patitas en la calle, era el refugio donde me recuperaba de las agotadoras jornadas del periódico. ¿Por qué este sitio y no otro? Tal vez porque no encontré lugar peor. Sus precios se equiparaban al nivel del latrocinio medio en la hostelería de la ciudad. Respecto al ambiente, poco favorable se puede decir de un abúlico punto de reunión de gente generalmente solitaria de entre 40 y 60 años. Tampoco su horario lo distinguía: entre semana Antonio cerraba siempre a la una de la madrugada, ni un minuto más tarde. La ubicación, en cambio, jugaba a su favor, instalado como estaba en el Ensanche, pero suficientemente cerca del Casco Viejo como para no echar de menos el coche desde mi nuevo domicilio. Y otra ventaja suplementaria más, nada despreciable en ese pozo al que se había precipitado mi espíritu desde hacía cuatro meses: en el Lisboa era difícil encontrar compañeros de trabajo, y mucho menos amigos, así que podía dedicarme al divertido juego de la autocompasión sin que nadie me molestara.

También la noche de ese miércoles de agosto me estaba resultando sumamente provechosa en los dominios de Antonio *Caratriste*. Llevaba más de dos horas sin desplazarme un centímetro del alto asiento de la barra, chapoteando en el cieno de mi cerebro. Después de haberme bebido seis copas de ginebra y fumado unos catorce cigarrillos, rondaba ya el culmen de la noche, esto es, el enternecedor momento de concluir que no era más que un mísero gusano fracasado en cuantas empresas había acometido. Un mísero gusano fracasado, pero sediento.

—¡*Caratriste*, la última!

Era innecesario encrespar la voz. El camarero solo habría podido alegar sordera para no oírme. La música esta-

ba ya apagada y hacía rato que el último cliente había tocado fondo y huido del lugar. En el Lisboa no quedábamos más que Antonio y yo, dueños de nuestro respectivo flanco de la barra.

—La última, de verdad —insistí.

Con la velocidad de un practicante de tai-chi, el camarero extendió el dedo índice de su mano derecha hacia el reloj situado sobre el espejo que tenía detrás: la una menos tres minutos.

—¿Vas a dejar que me vaya de seco? Saca un poco de veneno. Tienes mi palabra de que no te denunciaré a Sanidad.

En el Lisboa no se andaban con remilgos. Pedir ginebra —o whisky, o coñac, o lo que fuese—, así, sin mayores detalles, suponía que *Caratriste* serviría siempre lo peor de la casa, siempre en una copa en otro tiempo transparente y siempre sin hielo. A mí no me importaba: cuando sentía tanta pena de mí mismo, la ginebra me gustaba así, sola y de la peor calidad, de las que dejan en el paladar la quemazón del metal rusiente al precipitarse por la garganta. Cristina detestaba esa costumbre mía.

El camarero, armado con un trapo rojiblanco, recogió mi copa vacía e hincó su codo en la barra para borrar el húmedo círculo que el recipiente había dejado encima. Su cansino movimiento semicircular parecía que no iba a terminar nunca. Tras esa exhibición de pulcritud, inusual en el Lisboa, contemplé cómo tomaba la escoba en sus manos, sin la menor intención de atender mi demanda. Esa noche de miércoles de agosto las relaciones entre *Caratriste* y yo habrían sufrido un serio deterioro si el quejido de una puerta mal engrasada no nos hubiera advertido de la entrada de otra persona.

A pesar de la oscura peca del pómulo no lo reconocí en el primer momento, y la culpa no era exclusivamente de la ginebra ingerida, ni tampoco de los meses transcurridos desde que nos habíamos visto por última vez. Con

veinte kilos menos de peso y embutido en un chándal de marca, rojo y anaranjado, parecía un paticorto héroe transgaláctico de las superpedagógicas series de televisión que emboban a mi hijo; una llama carnalada y fuera de lugar en el mortecino Lisboa.

El saludo de *Caratriste* consistió en un esfuerzo titánico por obligar de nuevo al dedo índice de su mano derecha a señalar el reloj situado sobre el espejo de detrás de la barra: la una y un minuto. Ignorando al poco hospitalario camarero, el recién llegado se dirigió directamente a mí:

–Eduardo, estoy en un marrón.

Más allá de la luna delantera, el morro largo y azul del Volvo engullía el asfalto de la calle vacía como haría un adolescente hambriento con un espagueti sin fin. Inclinado hacia el elegante cuadro del vehículo, casi sin dejar espacio entre el volante y su menguado vientre multicolor, *Ximurra*<sup>[1]</sup> hacía gemir las ruedas, relinchar el embrague y graznar el cambio de marchas. Su lengua estaba tan desbocada como el coche.

–El tipo que ha cogido el teléfono era tu hermano, ¿verdad? ¡Qué cabrón! No veas cómo se ha puesto por levantarlo de la cama. Me ha costado lo mío que me dijera dónde podía encontrarte. ¡Nada más ni nada menos que en el Lisboa! Me ha costado creerle. Esta ciudad no anda precisamente falta de bares para que tú... ¡Hostia!

Un violento frenazo frente a una señal de STOP nos evitó en el último momento la colisión con otro vehículo. Mi amigo la emprendió a palmadas con el costado metálico de su coche sacudiendo la mano fuera de la ventanilla.

–¡Muévete de una vez, gilipollas!

Se me estaban removiendo los cimientos de las entrañas, como al pasajero de una atracción diabólica diseñada por un ingeniero loco. Menos de cien metros más adelan-

te, hice gestos a *Ximurra* para pedir que detuviera su carrera. Se avino de mala gana:

–¿Qué cabronada es esta? ¿Me quieres joder o qué?

Se detuvo en medio de una larga avenida tras encender los cuatro intermitentes del coche: un barco fuera de rumbo en un puerto vaciado por un tifón. Salí casi asfixiado, asegurando con la mano que mi boca no se abriera antes de tiempo.

–Como nos pongan una multa, la pagas tú. Y ya puedes echarlo todo. No voy a dejar que me ensucies el coche.

Vací mi estómago en una de las jardineras colocadas por el Ayuntamiento para impedir el aparcamiento. Lo hice de forma rápida y, dentro de lo que cabe, también limpia. Mi amigo apenas podía contener su cólera.

–¡Valiente ayuda me he buscado! ¡Si hubiera encontrado a *Ttipi*!<sup>[2]</sup> en casa, no creas que estarías ahora conmigo, jodiéndome la noche!

De nuevo en marcha, busqué un punto fijo delante de mí para no repetir el mareo. A falta de otra cosa, elegí el extremo de un trapo amarillo que sobresalía de la guantera.

–Estáte atento –me ordenó *Ximurra* unos minutos después–. Andamos detrás de una camioneta. Una camioneta vieja, verde y más bien larga.

No le pregunté por qué andábamos detrás de una camioneta vieja, verde y más bien larga, pero obligué a mis ojos a olvidarse del trapo amarillo. Más allá de la ventanilla, las calles vacías, la hilera de coches aparcados y el brillo espectral de las farolas aparecían empañados por un vaho proveniente tanto del cristal como del interior de mi cabeza. Saqué el pañuelo del bolsillo y limpié con él mis gafas sucias de saliva. Mi visión no se aclaró un ápice.

–Eran dos tipos: un melenas con pendiente en la oreja izquierda y otro esmirriado, con pinta de no tener ni media hostia. No me preguntes si viejos o jóvenes, con esa

basura nunca sabes a qué atenerte, si tienen veinte o cincuenta. Su cacharro estaba aparcado al lado del nuestro en el área de servicio de la autopista. Llevarán navajas, pero yo tengo un pedazo de hierro mejor que el suyo.

Asiendo el volante con la mano izquierda, *Ximurra* introdujo la derecha bajo el asiento. Me la enseñó sin apartar los ojos de la carretera, de manera que no pudiera verse desde fuera del vehículo.

—Una Astra. 7,62 mm. Siete tiros. Tan legal como este coche. La desmonto y la limpio pieza a pieza todos los meses y paso un algodón por su culata plateada. Cualquier hijo de puta que venga a joderme lo tiene claro conmigo. ¿Qué te parece?

Busqué alguna palabra apropiada para la ocasión, pero mi mente era un aparato de televisión apagado. La mano de *Ximurra* retornó a los bajos de su asiento y salió vacía de allí. Mis ojos empezaron a cerrarse.

—Edu, como te duermas te saco a patadas.

La amenaza hizo que mis sentidos se activaran nuevamente, pero solo por un corto intervalo. Parecía como si nos hubiéramos trasladado a una ciudad extranjera; no había nada conocido en los nebulosos contornos que recorríamos y mucho menos ningún vehículo de las características señaladas por mi amigo. *Verde, viejo y tirando a largo*, me repetí, al tiempo que observaba el cuadro digital del coche: 04.08.99 01:32 17,5°C. Mis párpados volvieron a hacer sentir su peso. Dejé de nuevo a mi cuerpo mecerse al compás de los arrullos del coche.

—¡Ya te vale!

En el primer momento creí que el golpe en la frente me lo había propinado el propio *Ximurra*. Tardé unos segundos en darme cuenta de que, al no tener puesto el cinturón de seguridad, el frenazo me había hecho chocar con el parabrisas. Estábamos detenidos junto a un parque, sobre un paso de cebra, a pesar del abundante sitio libre que teníamos tanto delante como detrás. Mi amigo hurga-

ba en el bolsillo de la camiseta que llevaba bajo el chándal, sin preocuparse por mi frente dolorida. Me enseñó un pequeño trozo de papel blanco, doblado.

—No voy a llevarte a ningún sitio, a hacerte beber medio litro de café solo. Llamaré otra vez a *Ttipi*, pero primero invocaremos a los dioses de la química.

Extrajo del bolsillo lateral una carpeta granate de piel, de las que se utilizan para guardar la documentación del coche, y la colocó sobre sus rodillas. Con gestos exactos y rutinarios, extendió la papelina sin deshacer el pliegue central, para verter cuidadosamente un polvo blanquecino sobre la carpeta: una raya corta primero, y otra más larga después, alargadas y estrechadas con ayuda de una tarjeta de crédito.

—*Delicias del Altiplano*. Por lo menos, eso decía el que me la ha pasado. Seguro que la mitad no es más que tiza o yeso, pero me sienta de puta madre en situaciones de emergencia. Hoy te salvas porque he sido yo quien te ha metido en el rollo, si no te la cobraría. Trae un billete, cuanto más nuevo mejor. ¿O ya se te ha olvidado cómo funciona esto?

Mis manos, torpes por la pérdida de costumbre, se deslizaron por la delgada chaqueta en busca de la cartera. Después de pagar la ración de copas del Lisboa, mi fortuna se reducía a un único billete, que tenía, además, toda la pinta de haber pasado por muchas más manos antes que por la mía. Sin protestar por ello, *Ximurra* se inclinó hacia la carpeta. Cuando esta llegó a mis rodillas había desaparecido la raya más larga.

—¡Si con esto no pillamos a esos hijos de puta, es que no valemos una mierda!

Un aliento amargo me traspasó la nariz y la garganta.

—¿Un cuarto de hora? ¡*Ttipi*, a mí no me hagas putadas! No necesitas tanto tiempo para vestirte y bajar en el as-

censor.

La guantera del automóvil engulló de un bocado el teléfono móvil de *Ximurra*. Era de color azul claro, increíblemente pequeño.

–En cinco minutos lo tendremos aquí.

Accionó la palanca inferior, para hacer retroceder el asiento, a la vez que extendía las piernas. No hacía ni dos minutos que él me había llamado la atención por intentar hacer lo mismo. Estábamos varados en la entrada de un garaje, invadiendo la acera. Dos años antes este lugar era un campo de trigo. Ahora, la locura constructora había hecho levantar encima una urbanización de viviendas tan ostentosas como caras.

La mano derecha de mi amigo se entretuvo unos segundos con el relajado cambio de marchas, antes de dirigirse a su poblada testa.

–¿No vas a decir nada de mi pelo nuevo?

Mi cabeza reaccionó a su pregunta girando hacia él, pero no así mis labios, inertes y mudos. No importaba demasiado. Estaba claro que *Ximurra* no esperaba mi respuesta.

–Un año de tratamiento, caro como la sangre. Me los han puesto uno a uno, introduciéndomelos como alfileres. Algunos días creía que no iba a poder soportarlo, pero ha merecido la pena. Me he quitado por lo menos diez años de encima. A ti tampoco te vendría mal; dentro de poco no vas a tener qué peinarte.

Desde que había salido con él del Lisboa y me había sentado tan sumiso a su lado, era la primera vez que se dirigía a mí sin gritos o apremios. Seguía hablando de forma nerviosa y con una energía no natural en él, pero había rebajado, por el momento, su tono irascible.

–¿Y de la tripa? ¿Qué dices de mi tripa? Ni un gramo de grasa. También me ha costado lo mío. Hace falta un par de cojones para estar, día tras día, pasando de comer cerdo, pan, fritangas y todo lo que merece la pena. Ahora ya

he superado lo peor y como más de todo, aunque sigo cuidándome. A cambio, voy al gimnasio todos los días sin fallar uno solo, dos horas, a última hora de la tarde. Acabo hecho puré pero, a nuestros años, estamos perdidos si no nos machacamos un poco.

*Ximurra* tenía razón: la coca le sentaba de puta madre. A mí también. Desvanecido ese primer punto amargo en la nariz y la garganta, la conversación de mi amigo se adaptaba a mis oídos como un susurro soportable que contribuía a la muda quietud que se había apoderado de mí.

–No estoy hablando solo de salud –continuó–. Es mirarte al espejo y sentir que todavía eres algo. Tú tampoco tienes edad para tirar la toalla. Con las tías que hay por la calle pidiendo guerra, no vas a ser tan capullo como para quedarte en casa gimoteando por Cristina y el crío. Eso sí, si quieres pillar, no vayas de carroza calvo y barrigudo.

Agitaba una petaca forrada de cuero en sus manos. No me había fijado de dónde la había sacado. Bebió él primero, dos tragos largos, antes de pasármela.

–No te pondrás chungo otra vez, ¿no?

El whisky hizo verter lágrimas a mis ojos acostumbrados a la ginebra, pero no me permití una sola tos.

Algo chocó contra el morro metálico del coche.

–¡Marchando!

Una diminuta figura de gruesas lentes columpiaba una bolsa de plástico frente a nosotros con el trasero posado sobre el morro del vehículo. *Ximurra* asomó la cabeza por la ventanilla.

–¡*Ttipi*, imbécil! Como le hagas la menor marca...

–¡Coño! Estaba deteriorando el patrimonio familiar y yo sin darme cuenta. ¿No sabes que hoy en día cualquiera que disfrute de una nómina puede conseguir un Volvo como este con un crédito a bajo interés? ¡Cómprate uno nuevo y el mercado te lo agradecerá! Con tu pasta no tendrías que tener tanto miedo a arruinarte.

–¡No tengo otra hostia que hacer!

El recién llegado abrió la puerta trasera de mi lado. Fue agradable sentir su mano cálida en mi espalda.

–¿Edu, tú también por aquí?

Un instante después, teníamos cada uno una lata de cerveza en las manos.

–No os dé miedo acabarla –*Ttipi* volvió a mecer la bolsa de plástico delante de nuestras narices–. Traigo siete más.

Las latas debían de venir directamente del frigorífico: un río helado me hizo un surco desde la garganta hasta mi último capilar. Tenía ganas de fumar.

–Y ahora, *Ximu*, cuéntame –continuó *Ttipi*–. ¿Se te está quemando alguna de tus lavanderías y no hay en esta ciudad suficientes bomberos, o has vendido el alma al diablo a cambio de tu juventud y nos has organizado una expedición para recuperarla? No te habría reconocido si no es por esa puta peca del pómulo.

–Yo a *Charly* no le llamo. Ni tan siquiera sé su número de teléfono. Además, estará de vacaciones.

En el interior del coche detenido, *Ximurra* se dedicaba de nuevo a la confección de rayas, con la carpeta granate sobre sus rodillas a modo de bandeja. Unos pocos miligramos de polvo resbalaron antes de tiempo por sus dedos, produciendo una explosión de maldiciones.

–No está de vacaciones –*Ttipi* acercó a sus labios la petaca de *Ximurra*, sin hacer caso del sombrío semblante de su dueño.

–¿Y tú qué coño sabes? –le recriminó–. No me dirás que te ves mucho con *Charly* últimamente.

–Solo *Charly* te puede sacar del agujero –insistió *Ttipi*, sin responder a la cuestión.

–Te creía el tipo mejor informado de la ciudad.

–En asuntos de cama y guita no te diré que no, pero esto está lejos de ser mi especialidad. Podría poner a algún informante a husmear y hacer trabajar un poco al ordenador, pero necesitaría dos o tres días para encontrar algo.

–¡Dos o tres días!

La carpeta se balanceó peligrosamente, con su pequeña carga blanca encima.

*Ttipi* me pasó la petaca e hizo aparecer un móvil del interior de su chaqueta. Era todavía más pequeño que el de *Ximurra*, amarillo como un girasol de Van Gogh. A la luz de las lámparas interiores del coche, pulsó las teclas con dedos habituados a hacerlo. La memoria del aparato escupió un número a la estrecha e iluminada pantalla.

–¡Espero que no te responda desde Australia! Y dile que traiga la pistola de reglamento de su padre. Se la levantó al viejo y sé que ahora la guarda en algún rincón de su casa.

*Ximurra*, valiéndose de su tarjeta de crédito, modeló tres rayas encima de la carpeta y volvió a solicitar mi billete con un gesto imperioso. Se lo entregué y volqué la petaca en mis labios hasta vaciarla. Mis ganas de fumar aumentaban por momentos.

–En casa no coge –informó *Ttipi*, desde atrás.

–¡Que le den por el culo! ¡Vámonos de aquí!

*Ximurra* estaba cada vez más fuera de sí.

–Nos queda su móvil.

Abrí la puerta del coche a la vez que el aparato de *Ttipi* volvía a emitir su lacónico sonido.

–¿Adónde vas? –preguntó *Ximurra*. Estaba ridículo, con mi billete enrollado colgándole de la nariz.

Le enseñé el tabaco. No hacía ni un cuarto de hora que me había prohibido fumar dentro del vehículo.

Detrás, *Ttipi* había conseguido por fin entablar conversación.